

***EL QUIJOTE*, EMBLEMA DE LA LENGUA Y LA CULTURA ESPAÑOLA**  
**Ceremonia inaugural del Año de la lengua española y la Literatura en español en**  
**Rusia**

Edificio principal del Museo de Bellas Artes Pushkin

Moscú, 27 de abril de 2015

En otoño de 1615 Cervantes transformaba al *ingenioso hidalgo* de 1605 en *El ingenioso caballero Don Quijote de la Mancha* cerrando así, con su segunda parte auténtica, la publicación de una de las obras clásicas de la literatura universal.

Esta conmemoración es el preludio de la que en doce meses se producirá con motivo del cuarto centenario de la muerte del que los españoles conocemos como el Príncipe de los Ingenios de nuestra literatura, el maestro genial en el tratamiento creativo de nuestro idioma. Y ambas efemérides vienen a coincidir felizmente con el año de la lengua española y la literatura en español en Rusia que hoy se inaugura en el Museo de Bellas Artes Pushkin de Moscú.

En el año 2002, la Asociación de Escritores de Suecia realizó una encuesta entre cien escritores del todo el mundo para determinar, entre otras, la lista de las cien mejores novelas de todos los tiempos. La ganadora fue *El Quijote*, seguida por *A la búsqueda del tiempo perdido* y *Guerra y Paz* de León Tolstoi, quien, precisamente, en su opúsculo titulado *¿Qué es el arte?*, reconoce a *El Quijote* como su novela predilecta por su hondo contenido y su “buen arte vital del mundo”.

Una obra determinada alcanza la condición de clásica mediante un complejo proceso que no resulta fácil objetivar. Se trata, en definitiva, de la adhesión de los lectores a ella de forma constante, sin fronteras espaciales ni temporales. Igualmente, para ser clásico hay que superar las barreras lingüísticas, culturales y temporales: seguir hablándoles de temas que les conciernen a hombres y mujeres nacidos en lejanos países varios siglos después de que el escritor escribiera su obra. Decía José Ortega y Gasset que todo gran poeta nos plagia, parece que está hablando de nosotros mismos en sus obras, y ello ocurre sin duda con *El Quijote*. Pero también tiene mucho que ver, en el reconocimiento de un clásico, la actitud hacia la obra así considerada por parte de los otros escritores, de los grandes académicos, de los más reconocidos eruditos, de los estudiosos universitarios, de los críticos en verdad influyentes. Y, sobre todo, el reconocimiento y la adhesión generalizados en el seno de otra cultura lejana o distinta de la original de la obra en cuestión.

A este respecto, ha sido Rusia uno de los territorios de promisión para el héroe cervantino, que es una figura popular aquí, venerada incluso también por Pedro I el Grande o por la zarina Catalina II, y que ha dado motivo a grandes manifestaciones del arte ruso, entre ellas la que se considera la mejor versión cinematográfica de nuestro clásico, rodada en 1957 en Crimea por Grigori Kozintsev. Con anterioridad, en 1932 el cineasta expresionista Georg Wilhelm Past había dirigido una versión de *El Quijote* en la que el papel principal lo interpretaba el famoso cantante de ópera ruso Fedor Chaliapine, y en el terreno musical destaca el inolvidable ballet *Don Kihot* estrenado en 1869 por Marius Petipa y Leon Minkus, ya en el siglo XX reactualizado por Alexander Gorsky o Rudof Nureyev.

Precisamente Vasili Zhukovski, maestro de Alexander Pushkin, lo introdujo en la pasión cervantina con su versión de la inmortal novela cervantina, de la que el autor de *Eugenio Oneguín* tenía también un ejemplar en español que utilizaba para aprender nuestra lengua. Son muchas las concomitancias que la crítica ha establecido entre su obra y talante como escritor y Cervantes, entre ellas la hermandad entre don Quijote, lector de caballerías, y Tatiana, devoradora insaciable de la novela sentimental.

Afirmaba René Girard que ni una sola idea de la novela occidental deja de estar presente germinalmente en Cervantes, y, por ejemplo, una de las grandes figuras de la Filología rusa, Mijail Mijailóvich Bajtin, concuerda con Girard al prestarle especial atención a Cervantes y *El Quijote*, en términos más favorables que los de Vladimir Nabokov en su controvertido curso sobre esta obra dado en Harvard en los años cincuenta del pasado siglo.

Según Bajtin, el modelo más evolucionado, clásico y puro del género novelesco es *Don Quijote*, que realiza todas las posibilidades literarias de la palabra novelesca “plurilingüe y con diálogo interno”. Porque Cervantes hizo suyo este objetivo y lo convirtió en arquetipo de lo que Bajtín denominaba *dialogismo*, entendido como “el diálogo de lenguajes” que puede adquirir, en el seno de la obra narrativa, múltiples manifestaciones.

Estamos, según el gran maestro ruso, ante una novela en la que se da el máximo aprovechamiento de las diferentes instancias que enuncian la narración para producir efectos de verosimilitud y favorecer una lectura intencionalmente realista de la novela. Cervantes cree en las capacidades de convicción que la palabra tiene, y lo hace en un momento de transición todavía no resuelta entre la oralidad arcaica y la modernidad tipográfica.

Por otra parte, la demanda bajtiniana de que “la novela debe ser un microcosmos de plurilingüismo” se cumple a rajatabla en la novela cervantina, tal y como es expresamente reconocido por el teórico ruso. Es difícil pensar en un escenario más abiertamente dialogístico, con varias voces, jergas, idiolectos o niveles de expresión diferentes, que el que Cervantes nos ofrece en su obra. Pone en ella, cara a cara y en comunicación directa, caballeros y escuderos, duques y cabreros, curas y moriscos, canónigos y galeotes, bandoleros y alguaciles, bachilleres y barberos, mozas de partido y amas, vizcaínos y manchegos, pastores e hidalgos, poetas y menestrales. Y todo ello mediatizado por un lenguaje arcaizante, anacrónico y elevado que, gracias a la imprenta, hace pervivir las esencias caballerescas.

Pero hay una última manifestación de este dialogismo que no se puede obviar, relacionada como está, por lo demás, con la nueva Galaxia Gutenberg en la que Cervantes y sus criaturas de ficción ya viven. Me refiero a que los personajes del *Quijote* de 1615 se convierten en lectores de la primera parte de 1605. Más aún: todos los episodios relacionados con los Duques tienen que ver con el hecho de que “los dos, por haber leído la primera parte desta historia y haber entendido por ella el disparatado humor de don Quijote, con grandísimo gusto y con deseo de conocerle le atendían, con prosupuesto de seguirle el humor y conceder con él cuanto les dijese, tratándole como a caballero andante...” (II, 30).

También Iván Turguénev puso a Don Quijote a la altura de Hamlet, destacando que nuestro héroe representa ante todo la fe en algo eterno, incommovible, que se encuentra fuera del individuo y no se le entrega fácilmente. Pero acaso no haya homenaje mayor que *El Quijote* haya recibido nunca que las palabras que le dedica Fedor Dostoievski en su *Diario de un escritor*: «En todo el mundo no hay obra de ficción más sublime y fuerte que esta. Representa hasta ahora su suprema y más alta expresión del pensamiento humano, la amarga ironía que pueda formular el hombre, y si se acabase el mundo y alguien preguntase a los mortales: “Vamos a ver: ¿qué habéis sacado en limpio de vuestra vida y qué conclusión definitiva habéis deducido de ella?”, podrían los hombres mostrar el *Quijote* y decir: “Esta es mi conclusión respecto a la vida... ¿y podríais condenarme por ella”».

DARÍO VILLANUEVA

Director de la Real Academia Española